Tito Lucrecio Caro

y su poema "DE RERUM NATURA"

Introducción, selección y versión en hexámetros

por *GABRIEL MENDEZ PLANCARTE.*

I

EN Acapulco, frente al inmenso Pacífico que ni siquiera pudieron sospechar los Romanos —para quienes el Atlántico era ya "el piélago inaccesible a donde no llegan los nuestros ni se atreve el bárbaro"—, he releído a Lucrecio. Ningún lugar, quizás, tan adecuado como éste, en que brilla y triunfa la Madre Naturaleza en todo su pujante esplendor, para saborear al viejo poeta de "*la Naturaleza de las Cosas*", al discípulo entusiasta de Epicuro, que supo crear poesía —y gran poesía— al contemplar, y tratar de explicar, el gran enigma de esta máquina admirable que es el Universo, desde el átomo invisible hasta los gigantescos soles.

Claro que su sistema filosófico —el rígido atomismo materialista— es pobre y mútilo; que sus "explicaciones racionales y exactas" de la vida, son pueriles y ridículas a los ojos de la Filosofía perenne; que sus alegatos contra la inmortalidad del alma son, sobre sofísticos y leguleyos, de una inane suficiencia digna de un "maistro" socialista (aunque ya quisiéramos que nuestros "maistros" socialistas conocieran siquiera por el forro a Lucrecio...).

A despecho de todo ello, vive Lucrecio y vive, inmortal, su poema: ese poema en que una de sus obsesiones es la de demostrar que todo es mortal. Después de veintiún siglos, en la playa riente de Acapulco, releo a Lucrecio, y lo encuentro más actual, más bello y más vivo que a la mayor parte de los novísimos autores de "plaquettes" —muchas hojas en blanco

y pocas líneas sibilinas— en que hoy se complace y exhibe nuestra pretenciosa esterilidad.

¿Por qué? Porque Lucrecio, aunque preso en la férrea malla de su materialismo implacable, tiene alas, poderosas alas que lo elevan a las cumbres del pensamiento y de la poesía, a aquellos "*templa serena*" que él cantó en un verso inolvidable. Ante el vasto y complejo espectáculo del Universo, el poeta-filósofo siente aquella especie de "embriaguez naturalista" de que habla Menéndez Pelayo, una exaltación cuasi mística de iniciado de un nuevo culto: no el viejo culto caduco a los dioses exangües —a quienes él, como su maestro Epicuro, relega a un ocio infecundo, por no atreverse a negar de plano su existencia—, sino el culto a la Naturaleza omnígena y todopoderosa, fecunda matriz de todos los gérmenes y de todas las infinitas formas que asume la materia dinámica en su incesante "evolución creadora".

Con razón ha dicho Menéndez Pelayo que "la materia, no concebida mecánicamente, sino de un modo dinámico, y abarcándola en toda la plenitud de sus desarrollos y evoluciones, no es sujeto refractario a la poesía"; y en otro lugar agrega: "Cuando la contemplación científico-poética llega a su grado más alto, todo el sistema del mundo cabe sintéticamente en los inmortales hexámetros de Lucrecio". ("*Historia de la Poesía Hispano-Americana*", Madrid, 1911, t. I, pp. 161 y 377).

ALMA fervorosa —a despecho de su aparente frialdad—, Lucrecio venera a su maestro Epicuro, y poco falta para que lo divinice. Casi todos los seis libros del poema llevan, a manera de pórtico triunfal, un magnífico elogio del filósofo griego. He aquí, pobremente traducido, el comienzo del Libro V:

¿Quién es capaz, con pecho poderoso,
de cantar un poema
digno de la grandeza del asunto
y de las grandes cosas descubiertas?

¿O quién podrá, tan solo con palabras,
decir las alabanzas justicieras
de Aquel que, como frutos de su espíritu,
nos dejó tal doctrina como prenda?

Ninguno, creo, que mortal exista,
será capaz de tan sublime empresa.
Pues si, como lo pide
la majestad augusta de la ciencia,
hemos de hablar, un dios, un dios, diremos,
fué Aquel, ínclito Memmio, que la senda
del vivir encontró el primero, vía
que hoy se llama Sapiencia,
y que con arte sumo, de las olas
agitadas sacó, y de las tinieblas,
la vida de los hombres, colocándola
en tan claro fulgor de luz serena!

Lucrecio tiene el fervor y el ardiente proselitismo del neófito: quisiera que los hombres salieran de "*las tinieblas*" en que vacen sumergidos y que abrieran los ojos a la luz de la doctrina de Epicuro, de quien él se ha constituído en heraldo.

Apóstol de una doctrina desoladora que predica la muerte y la nada como término final del hombre, es tal su paradójico entusiasmo por esa doctrina, que la llama "*dulce consuelo de la vida*"; y elogia a Atenas, la ciudad "*de nombre preclaro*", no tanto por haber sido la primera —según el poeta— en dar a "*los dolientes mortales los frugíferos partos*" de las mieses y por haber "*recreado*" la vida humana con sabias leyes, cuanto por haber engendrado a Epicuro, "*el de boca verídica*", cuya "*antigua gloria, victoriosa de la muerte, llega ya hasta el cielo*" (Libro VI, vv. 1-8).

Inevitable es el dolor, proclama Lucrecio: el mal fluye de la naturaleza misma de las cosas mortales y "*vuela*" por todas ellas (L. VI, 28-29). Inútil es la persecución del placer sensible, ya que "*de la fuente misma del goce brota una misteriosa amargura que nos atormenta entre las mismas flores*" (L. IV, 1126-1127). Pero ya Epicuro probó que es vano afligirse por

los acontecimientos perecederos y que son vanas las inquietudes que como "*tristes olas*" agitan los corazones humanos (L. VI, 32-33).

EPICUREISMO viril, con temple romano de estoicismo: "*Así como los niños tiemblan y se asustan de todo en las tinieblas, así nosotros tememos, en plena luz, muchas cosas que no son más de temerse que los fantasmas nocturnos que aterrorizan a aquéllos*" (L. II, 54-57 y L. VI, 34-37). ¿Cuál será el remedio contra tales tinieblas del ánimo? No los rayos fulgentes del sol ni las "*lúcidas flechas del día*" podrán desgarrar esas sombras; sólo "*naturae species ratioque*", responde Lucrecio: sólo la contemplación filosófica de la Naturaleza, sólo la razón alumbrada por la ciencia (L. II, 58-60 y L. VI, 38-40). Con razón el poema de Lucrecio gustaba tanto a los "filósofos" de la Ilustración! El mismo entusiasmo —un tanto pueril y ya pasado de moda— de los "cientistas" del XVIII y de los positivistas del XIX por la Ciencia "salvadora de la Humanidad", inspira al viejo poeta y sostiene su poderosa imaginación.

Pero, por una significativa paradoja, Lucrecio quiere "vencer" al destino ineluctable, quiere hacerse inmortal, demostrando que todo es mortal, lo mismo los "*mundi templa*" —los templos del mundo físico—, que el cielo estrellado y las almas humanas. La "*esperanza de vencer*" a la muerte lo ha exhortado a subir al "*insigne carro*" de la poesía (L. VI, 46-47).

En el fondo, sentimos latir en Lucrecio, bajo la marmórea frialdad de los hexámetros, el mismo anhelo de "salvación" que vibra en el corazón de todos los hombres, conscientes de nuestra miseria y de nuestra grandeza. "*Nil igitur mors est*", proclama, triunfante, Lucrecio: "La muerte es nada" (L. III, 842). Mas no nos engañemos por la aparente semejanza entre esas palabras y las del Apóstol Pablo a los Corintios: "*Ubi est, mors, victoria tua? ¿Ubi est, mors, stimulus tuus?*": "¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?" (Ia. a los Corint., XV, 55). Para Lucrecio, la muerte es la única inmortal, que nos quita la vida mortal y

nos absorbe en la nada (L. III, 882), y los hombres no son sino los corredores —semejantes a los de los Juegos Olímpicos— que van pasándose de mano en mano la antorcha de la vida (L. II, 78).

Para Pablo, en cambio, "*absorpta est mors in victoria*": "la muerte ha sido absorbida por la victoria" de Cristo muerto y resucitado (Ia. a los Corint., XV, 54): "*et vita vestra est abscondita cum Christo in Deo*" (A los Colos., III, 3): y nuestra vida, ahora y después de la muerte, está escondida con Cristo en el corazón amoroso de Dios.

Es que, entre Lucrecio y Pablo, algo muy grande había sucedido: Jesús había predicado "la Buena Nueva" en las riberas del Lago y la humanidad había tenido la inefable y desconcertante experiencia de un Dios que ama a los hombres y muere por ellos.

II

TRAS de las impresiones personales que en mí suscitó la relectura del poema de Lucrecio, hablemos brevemente de ese gran poeta tan poco conocido entre nosotros, aun entre aquellos que se interesan por las literaturas clásicas y ven en ellas la fuente inagotable y perenne a donde siempre hay que retornar para beber a boca llena las puras aguas de la belleza poética.

De todos los grandes poetas latinos —Horacio; Virgilio, Catulo, Ovidio, Tibulo, Propercio, Marcial—, Lucrecio es el único "romano de Roma", como dicen —todavía hoy— los italianos para calificar a los nacidos en la Urbe. En ella nació Lucrecio, en los primeros años del siglo I antes de Cristo, si bien los historiadores no han logrado determinar con exactitud el año de su nacimiento. Miembro de la noble familia "*Lucretia*", hubiera podido aspirar a los altos puestos públicos en la República que agonizaba, desgarrada por las guerras civiles; pero prefirió dar a sus conciudadanos el ejemplo de un "*eques*" —de un caballero— consagrado al culto de la belleza y del pensamiento filosófico.

MUY poco es lo que sabemos de su vida, que ha llegado hasta nosotros entretejida de leyendas. Dícese que, como muchos romanos de su tiempo, fué a perfeccionar sus estudios en Atenas, centro todavía —a despecho de su decadencia política— de los más brillantes estudios filosóficos y literarios. Allí, probablemente, conoció la filosofía materialista de Epicuro y se enamoró de ella con fervoroso entusiasmo que le inspiró su gran poema didáctico "*De Rerum Natura*": "De la Naturaleza de las Cosas", dedicado a su amigo Cayo Memmio.

Una antigua tradición afirma que Lucrecio compuso su poema en los intervalos lúcidos que le dejaban sus frecuentes accesos de locura, causada por un filtro amoroso que Lucilia —su esposa, según unos; según otros, su amante— le había hecho beber para mantenerlo enamorado de ella. Todo lo cual, probablemente, no pasa de ser una leyenda posterior. Porque en verdad, el examen interno del "*De Rerum Natura*" no da indicio alguno de la pretendida locura de su autor. Por el contrario, si algo llama poderosamente la atención en su poema, es cabalmente —junto a la vigorosa pero sobria imaginación— la férrea e implacable lógica con que Lucrecio lleva la doctrina de Epicuro hasta las más tremendas y desoladoras consecuencias, sin asustarse ni retroceder ante ellas. Lógica del error, ciertamente, porque párte de falsos principios; pero lógica que me parece incompatible con el desequilibrio intelectual que reina casi siempre en el que sólo goza de intervalos de lucidez.

Otra vieja tradición, conservada por San Jerónimo, nos informa de que Lucrecio "se mató por su propia mano a los cuarenta y cuatro años de edad", y —según otros— a los treinta y ocho o treinta y nueve. Tradición, ésta del suicidio, que —aunque no probada documentalmente por testimonios contemporáneos— no parece tan inverosímil, ya que Lucrecio, como buen epicúreo que no admite la vida ultraterrena del alma humana y para quien la muerte no es temible porque en ella y con ella todo acaba para el hombre, puede muy bien haber llevado su lógica hasta esa última y fatal consecuencia: el suicidio. Predecesor, quizá, también en ese trágico desenlace, de otra desventurada y grande víctima del materialismo: nuestro poeta Manuel Acuña.

Y a propósito de Acuña, diré que su poema en tercetos "*Ante un Cadáver*" —uno de los dos poemas que, a juicio de Menéndez Pelayo, bastan para inmortalizarlo—, tiene algo, y aun mucho, no sólo de las ideas de Lucrecio (al que ignoro si Acuña habrá leído), sino también de su áspera y viril energía al pintar poéticamente las incesantes transformaciones de la Naturaleza material.

VASTO poema dividido en seis libros —cada uno de los cuales comprende más de mil hexámetros—, el "*De Rerum Natura*" es, indudablemente, una obra maestra en su género. Cierto que —como en todos los grandes poemas antiguos, y sobre todo en los didácticos, sin excluir a las mismas "*Geórgicas*" de Virgilio—, hay en el poema de Lucrecio grandes fragmentos que, para nuestro gusto moderno, no son poesía, sino prosa magníficamente versificada.

Pero, ¡cuántos pasajes exquisitos, engarzados como piedras preciosas en deslumbrante joyel! Con razón Ovidio —genio tan opuesto al de Lucrecio, pero de gusto tan refinado— decía que "*los cantos del sublime Lucrecio perecerían cuando un día solo entregue la tierra a su destrucción*": Virgilio también, el dulce y espiritualista Virgilio, apreciaba grandemente al poeta-filósofo del "*De Rerum Natura*", y a él parece aludir elogiosamente en aquellos nobles versos de las Geórgicas (Lib. II, vv. 490-492):

> "*Feliz quien pudo conocer de las cosas las causas,*
> *y bajo sus plantas hollar los vanos temores*
> *y el ronco estrépito del avaro Aqueronte*".

A través de los más áridos desiertos de la filosofía de Lucrecio —dice Alexis Pierron en su célebre "*Histoire de la Littérature Romaine*"— hállanse con frecuencia deliciosos oasis de poesía. "Lucrecio permanece poeta, casi a pesar de él mismo, hasta en la argumentación sofística, hasta en los preceptos más técnicos" de su filosofía materialista. "No sabría hablar de nada, ni aun del concurso de los átomos, sin expresarse frecuentemente con esa energía pintoresca que es la poesía

misma. Aquí, una palabra característica; allá, un epíteto feliz". Y el mismo crítico resume su juicio en estas palabras: "Lucrecio es un gran poeta, y uno de los más grandes. Fué grande porque era un convencido; su fe le valió el ser inspirado. Dichoso él si hubiera puesto su creencia en doctrinas más nobles y más verdaderas!" ("*Histoire de la Littérature Romaine*", 13a. edic., París, Hachette, 1890, pp. 351 y ss.).

A los Griegos había tomado Lucrecio la filosofía de su poema, como él lo reconoce con insistencia, prodigando sus elogios a Epicuro. De Grecia había tomado también el ritmo dactílico del hexámetro, adaptado ya antes por el venerable Ennio a la poesía del Lacio. Pero, en todo lo demás, Lucrecio es siempre Lucrecio, es decir, "el más original y el más romano de los poetas de Roma". Con razón otro crítico ha podido hablar de "la gracia salvaje" de sus descripciones. Al blando epicureísmo ateniense, Lucrecio ha sabido infundirle la broncínea dureza estoica del temple romano; y en el jardín fragante de su maestro, cabe las fuentecillas rientes y los penumbrosos bosquecillos de mirto, Lucrecio erigió la fría blancura marmórea de sus resplandecientes estatuas.

GABRIEL MENDEZ PLANCARTE.

INVOCACION A VENUS

(*Libro I, vv. 1-44*)

MADRE de los Romanos, encanto de hombres y dioses,
Alma Venus, que bajo los cambiantes signos celestes
fecundas el mar navígero y llenas de frutos la tierra;
por ti todo género de animales es concebido
y ve, naciendo, del sol las lumbres. Oh diosa,
por eso te huyen los vientos, la tierra dedálea
te ofrece flores, ríe por ti la faz del océano
y en luz serena resplandece, nítido, el cielo.

Porque apenas muestra Primavera su rostro sonriente
y sopla libre sus auras vitales Favonio,
las aves aéreas te sienten, oh diosa, y anuncian
tu llegada, heridos sus pechos por tu dulce fuerza.
Los fieros rebaños corren a sus pastos alegres
y pasan los rápidos ríos: presa de tus gracias
y de tus encantos, toda la Natura animada
te sigue amante doquiera tú la conduzcas.
En fin, por mares y montes, por ríos rapaces,
por frondas —mansiones de pájaros— y campos floridos,
prendiendo en todos los pechos tu arcana dulzura
haces que las especies con ardiente amor se propaguen.

Y pues tú sola, de las cosas la Natura gobiernas,
y sin ti nada surge de la luz a las playas divinas,
y nada sin ti puede ser alegre ni amable:
pídote que seas mi sostén y fiel compañera
en este poema que se esfuerza por cantar la Natura

de las cosas, a Memmio, mi amigo, a quien tú, oh diosa,
quisiste siempre ornado de magníficos dones:
da, pues, a mis versos, oh diva, encanto perenne.

Haz que, entretanto, cesen por todos los mares y tierras
las fieras labores de la milicia. Tú sola
puedes a los mortales de la paz tranquila los goces
dar: ya que Marte es quien rige —dios de las armas—
los lances bélicos: Marte, que en tu seno se arroja
con frecuencia, vencido por la eterna herida de amor,
y con los ojos vueltos hacia ti, la suave cabeza
reposando, apacienta —entreabierta la boca— sus ojos
ávidos de amor, colgando de tus labios divinos su aliento.
Recostado en tu cuerpo sagrado, tú, ínclita diosa,
sobre él inclinada, viértele tus suaves palabras,
pidiéndole plácida paz para los Romanos, tus hijos.
Pues ni yo puedo, en tiempos de inquietud de la patria
cantar tranquilo, ni el hijo ilustre de Memmio
prestarme oídos, la común salud descuidando.

EPICURO Y LOS DIOSES

(*Libro I, vv. 57-80*)

MENESTER es que los dioses gocen de paz inmutable
en su naturaleza inmortal, apartados de nuestras
miserias y lejos de todos nuestros vanos dolores;
pues ellos, exentos de dolor y de todo peligro,
ricos de sí mismos, para nada necesitan del hombre,
ni de nuestros méritos se prendan, ni tócalos la ira.

Cuando la vida humana vilmente en la tierra yacía
bajo el yugo opresa de la religión, que mostraba
desde las regiones celestes su temible cabeza
con su horrible aspecto amenazando a los hombres;
un hombre griego fué el primero que osó sus mortales
ojos levantar en contra y rebelarse el primero.
De los dioses la fama, ni los rayos, ni el trueno terrible
del cielo, pudieron intimidarlo; su genio
se irguió más potente, decidido a romper los angostos
claustros que encerraban de la gran Natura el enigma.
Su vívida fuerza de ánimo venció y avanzó victoriosa
más allá de las ígneas murallas del mundo, y su mente
recorrió todo el vasto esplendor del espacio infinito.
Y al tornar victorioso, enseñónos qué puede nacer,
qué no puede, cuál es la potencia finita
de cada ser y cuál el límite que no puede pasarse.
Con lo que, vencida, bajo nuestras plantas postróse
la religión: victoria que nos exalta hasta el cielo.

FILOSOFIA MORAL DE EPICURO

(*Libro II, vv. 1-60*)

ES suave, si el viento perturba la amplitud de los mares,
ver desde la playa los esfuerzos del que lucha en las ondas;
no porque se goce con las amarguras ajenas,
sino porque es suave verse de los males exento.
Es suave también, contemplar los certámenes bélicos
ya en el campo ordenados, para ti sin peligro, ni daño.
Mas nada es tan dulce como estar en los templos serenos
que enriqueció la clara doctrina de los sabios: de donde
puedas ver a los otros, errantes por todos los rumbos,
buscando la senda de la vida, competir en ingenio,
disputarse la palma de la nobleza, esforzarse
de día y de noche, con incesantes labores,
por lograr riquezas o apoderarse del mando.
¡Oh míseras mentes de los hombres! ¡Oh ceguera incurable!
¡En qué tinieblas y en cuántos peligros se pasa
el breve espacio de la humana vida! ¿Los gritos
no oís acaso de la Naturaleza que dice:
Basta que del cuerpo se aparte el dolor, y la mente
serena se goce, libre de temor y de angustia?

Para el cuerpo vemos que tan sólo son necesarias
pocas cosas: basta que le alejen cualesquiera dolores
y le suministren muchas y serenas delicias:
nada más os pide la naturaleza corpórea.
Si en vuestras estancias no hay estatuas de oro que empuñen
lámparas ígníferas con sus diestras manos, oh jóvenes,
para alumbrar con ellas vuestros nocturnos festines;

si no resplandece vuestra casa con plata o con oro,
ni los áureos techos resuenan el són de la lira;
bien podéis, con todo, tendidos en el césped sũave,
cabe el fresco riachuelo, bajo la fronda de un árbol,
sin grandes riquezas, gozar de jocundos placeres,
sobre todo cuando ríe la Primavera y del año
la estación florida flores por los campos esparce.
La ardiente fiebre no abandona más pronto los miembros
del que duerme en ricos tapices bordados y en púrpura,
que de aquel que yace envuelto en veste plebeya.

Nada, pues, nos sirven las riquezas; y si nada nos sirven
para el bien del cuerpo la nobleza, ni del reino la gloria,
creer debemos que tampoco nos sirven al alma.
¿Por ventura viendo por el campo hervir tus legiones
que despliegan bélicos estandartes, o viendo tu flota
hervir y extenderse por el mar a lo lejos, tú logras
que los religiosos temores se alejen de tu ánimo
trémulo y de la muerte el pavor abandone tu pecho
dejándolo libre de zozobra, y de miedos vacío?

Pues si ridículas y vanas son tales cosas
y en verdad el miedo y los seguidores cuidados
no temen de las armas el estruendo ni los dardos temibles,
ni respetan el áureo fulgor ni la veste purpúrea,
¿por qué dudas, dime, que sean esos vanos temores
fruto de ignorancia y de las humanas tinieblas
en que la vida toda se halla como envuelta y cercada?

Pues, como los niños tiemblan y de todo en las ciegas
tinieblas se asustan, así nosotros tememos
en plena luz cosas que en nada son más temibles
que las que ellos temen o fingen en las pávidas sombras.
Mas tales terrores y tinieblas del ánimo enfermo,
no los rayos del sol, ni las lúcidas flechas del día
podrán disiparlos, sino la razón y el estudio
de la Natura, Madre inmortal de las cosas mortales.

ELOGIO DE EPICURO

(*Libro III, vv.* 1-30)

OH tú, que el primero, de tantas tinieblas pudiste
levantar la antorcha para alumbrar a los hombres;
a ti te sigo, honor de la Grecia, y mis huellas
fielmente imprimo donde tú las tuyas marcaste,
no compitiendo contigo, sino imitarte anhelándo.
¿Pues cómo con el cisne competirá la modesta
golondrina? ¿Cómo los cabritos de trémulas piernas
rivalizar podrían con la fuerza del brioso caballo?
Tú padre y maestro, descubridor de las cosas,
que en tus sabios escritos nos das preceptos paternos.
Tal como las abejas liban en floríferos bosques,
recogemos nosotros, como alimento, tus dichos,
tus sentencias áureas, dignísimas de vida perpetua.

Apenas tu razón empezó a proclamar que Natura
no nació de la mente divina, del ánimo huyen
los viejos terrores, retroceden las murallas del mundo:
contemplo las cosas engendrarse en el vasto vacío,
y miro a los dioses allá en sus mansiones tranquilas
que ni vientos hieren, ni nublados rocían de lluvia
ni la cana nieve jamás las viola cayendo:
siempre el éter límpido las cubre y siempre radiosa
la luz difunde su innumerable sonrisa.
Todo les prodiga la Naturaleza; ninguna
cosa les amengua la paz del ánimo eterna.
Jamás contemplan de Aqueronte los templos oscuros,

ni la tierra impídeles contemplar desde lo alto, a sus plantas,
todo lo que, abajo, se sucede en el vasto vacío.
Cuando en tales cosas pienso, de mí se apodera
un placer divino y un sagrado horror, porque veo
cómo la Natura, por ti develada, Epicuro,
ante nuestros ojos manifiesta y desnuda aparece!

FUENTES INTACTAS

(*Libro IV, vv.* 1-25)

SENDAS *de las Piérides nunca frecuentadas recorro,*
sendas donde nadie dejó su huella; me place
beber en fuentes intactas y cortar nuevas flores
para tejer con ellas a mi frente insigne corona
con la que antes a nadie ciñeran las sienes las Musas:
primero, porque grandes doctrinas enseño a los hombres
y quiero los ánimos libertar de las viejas cadenas
de la religión; después, porque en lúcidos cármenes
cosas obscuras canto, vistiéndolas de poética gracia.

No sin razón muy justa; porque, como a los niños los médicos
cuando amargo ajenjo quieren darles, primero los bordes
del vaso mojan de la miel con la flava dulzura,
para que, engañada por el gusto primero, la infancia
beba el ajenjo amargo —traición que no daña a sus cuerpos,
sino que les vuelve la perdida salud—, así ahora,
puesto que la doctrina parecer suele austera y pesada
a quienes no han probado su dulzor, y aborrécela el vulgo;
quise yo, con suave canto de las Piérides, darte
mi enseñanza, envuelta como en miel de las Musas, queriendo
retener tu ánimo con mis versos, en tanto que sientes
la utilidad y aprendes de las cosas la ignota Natura.

EPICURO, LIBERTADOR

(*Libro V, vv. 1-55*)

QUIEN podrá, con pecho poderoso, entonar un poema
digno de la alteza del asunto y los grandes hallazgos?
¿Quién podrá con palabras decir la justiciera alabanza
de Aquel que como frutos de su genio inmortal, como prenda
de su esfuerzo, dejónos tal doctrina? Ninguno, yo creo,
que nacido hubiere mortal. Porque, si como lo pide
la majestad patente de las cosas, oh ínclito Memmio,
hablamos, un dios, un dios, diremos, sin duda,
fué Aquel que, el primero, encontró de la vida la senda
que hoy Sapiencia se llama, y que con arte supremo
de las olas hirvientes sacó y de las densas tinieblas
la vida, en tan claro y tranquilo fulgor colocándola.

Con los suyos compara de los dioses los viejos inventos.
Dícese que Ceres dió a los hombres las mieses; que Baco
dióles de la vid el jugo: superfluos regalos,
pues sin ellos puede vivir el hombre, y es fama
que algunas naciones todavía viven sin ellos.
Mas sin corazón recto y puro vivir no se puede.
Por lo cual, justamente, dios parécenos ser aquel sabio
cuyas enseñanzas, difundidas por gentes remotas,
suavizan los ánimos, infundiéndoles dulces consuelos.

Y si tú juzgares más gloriosos los hechos de Hércules,
muy mucho te apartas de la recta razón. Porque, dime,
¿del león Nemeo por qué temeremos hoy día

las abiertas fauces, o al cerdo hirsuto de Arcadia?
¿Qué temor podrían inspirarnos el toro de Creta
o la hidra de Lerna, con sus venenosas serpientes?
¿O de Gerión tergémino la triple fuerza, o Diomedes
con sus resoplantes caballos que fuego respiran
cerca de la Tracia, el Ismaro y las playas Bistonias,
qué daño podrían causarnos? ¿O las aves de Arcadia,
de uñas retorcidas, que habitan la laguna Estinfalia?
¿O el dragón que guarda, con torva mirada terrible,
de las Hespérides las áureas y fulgentes manzanas,
enroscado al árbol, por ventura dañarnos podría,
cabe el litoral del Atlántico piélago ignoto
donde no llega el nuestro, ni se atreve jamás aun el bárbaro?
Los demás monstruosos portentos, si no hubieran sido
ya vencidos por Hércules, ¿qué podrían, aun vivos, dañarnos?
Nada, según pienso: todavía la tierra pulula
de fieras que en trépido terror hacen montañas y bosques
y selvas profundas palpitar; mas nosotros podemos
casi siempre evitar los lugares de tales peligros.

Mas si el corazón no está limpio, ¡qué luchas tremendas,
qué horribles peligros afrontar debemos! ¡Y cuántas
inquietudes acres, y cuántos mordentes temores
desgarran al hombre de quien la pasión se ha adueñado!
¡Qué destrozos hacen en él la soberbia y lujuria,
la petulancia, el lujo, la ociosidad! Quien venciere
monstruos tales y fuere capaz de expulsarlos del ánimo,
no con armas, sólo con sus palabras potentes,
¿no será éste digno de ser entre los dioses contado,
sobre todo, siendo este mismo quien divinamente
habló de los dioses inmortales y abrió a nuestros ojos
el secreto de toda la Natura vivaz de las cosas?

ELOGIO DE ATENAS Y DE EPICURO

(*Libro VI, vv.* 1-48)

ATENAS, fué Atenas, la ciudad de nombre preclaro,
quien a los dolientes mortales dió los partos frugíferos
de las mieses; ella, quien la humana vida con leyes
recreó, la primera; ella, quien nos dió los consuelos
dulces de la vida, engendrando al Varón admirable
de gran corazón, que de su verídica boca
virtió enseñanzas, y por sus divinos hallazgos
—aun ya muerto—, su antigua gloria se levanta hasta el cielo.

Porque, viendo este Grande que todas las cosas que al hombre
le son necesarias para el sustento y la vida,
teníalas ya en muy suficiente abundancia;
que tenían los hombres riquezas y honores y gloria,
e hijos bien nacidos; y que, sin embargo, los pechos
de todos, ansiosos, eran de temores esclavos,
comprendió que el mal era fruto del vaso viciado
que, con su contacto, corrompía y viciaba del todo
cuanto en él vertiérase, por más rico y precioso que fuera:
parte, porque el vaso, permeable y sin fondo, llenarse
jamás puede; y parte, porque mancha con negro veneno
y amargo sabor, cuanto en su interior se recibe.

Con dichos verídicos purgó, pues, los ánimos tristes
y fijó sabios límites para el temor y el deseo;
y expuso el bien sumo al que todos tendemos ansiosos,
dijo en qué consiste y el camino mostró que a él conduce
recta y fácilmente; y enseñó cómo el mal se origina

y fluye y vuela por todas las cosas mortales,
por la fuerza misma de la Naturaleza, ya sea
por el ciego acaso o por la fuerza implacable
de las disposiciones de Natura; díjonos cómo
luchar debemos contra sus asaltos temibles,
y probó cuán vanas son las inquietudes tenaces
que, cual tristes olas, agitan los pechos humanos.
Pues, como los niños tiemblan y de todo en las ciegas
tinieblas se asustan, así nosotros tememos
en plena luz cosas que en nada son más temibles
que las que ellos temen o fingen en las pávidas sombras.
Mas tales terrores y tinieblas del ánimo enfermo,
no los rayos del sol, ni las lúcidas flechas del día
podrán disiparlos, sino la razón y el estudio
de Natura. Por eso, con fervor renovado, prosigo
exponiéndote, oh Memmio, mi doctrina tejida con versos.

Y pues ya enseñé cómo son mortales los templos
del mundo y que el cielo tiene cuerpo también deleznable,
y que todo aquello que nace o nacerá bajo el cielo
debe disolverse, recibe ya lo que falta;
pues que la esperanza de vencer es aquella que me hizo
subir al insigne carro y domeñar los obstáculos
que ahora, vencidos, se han trocado en motivos de gloria.

LA PESTE DE ATENAS

(*Libro VI, vv.* 1135-1283)

MORTALES vapores de esta clase antaño esparcieron
por los campos de Cécrops la desolación y la muerte,
y dejaron desiertas las calles y plazas de Atenas.
Nacida en el fondo de los confines de Egipto,
atravesó la peste las inmensas regiones del aire
y de los flotantes campos del mar, y arrojóse
de Pandión sobre el pueblo: todos, en masa, caían
heridos de muerte por la enfermedad misteriosa.

Todos, al principio, sentían arder la cabeza
y como deslumbrados y enrojecidos los ojos.
Negra sangre sudaban del interior de sus fauces
y de la voz la senda cubrían úlceras rojas,
y la lengua —intérprete del alma—, débil y lenta
para moverse, ruda al tacto, sangre manaba.
Luego, cuando el maligno humor llegaba hasta el pecho
y al corazón doliente de los enfermos fluía,
de la vida todas las defensas se derrumbaban.
Exhalaba la boca un fétido hedor, semejante
al de los cadáveres abandonados y rancios;
perdía el ánimo todas sus fuerzas, y todo
languidecía el cuerpo, ya en el umbral de la muerte.
Y a tales males intolerables se unían
una ansiosa angustia, y gemidos mezclados con quejas,
y frecuentes sollozos resonantes de día y de noche,
que irritaban los nervios y los miembros endurecían,

agobiando a aquellos miserables ya sin aliento.
Con todo, no veías que sus extremidades hirvieran
con ardor extremado, sino que a la mano ofrecían
sensación de tibieza; mas todo su cuerpo rojeaba
de quemadas úlceras, tal como si el fuego sagrado
por sus miembros hubiera esparcido sus llamas voraces.
Un ardor interno devoraba sus huesos; ardía
su estómago, como con la llama de un horno; ya nada
era a sus miembros leve o tenue vestido; a los vientos
expuestos siempre y al frío, daban unos sus miembros ardientes
a los helados ríos, desnudos arrojándose al agua;
muchos a las linfas de profundos pozos caían,
precipitándose a ellas, abiertas las bocas febriles;
pero la sed árida e insaciable no distinguía
entre una parva gota y un caudal copioso de agua.

Ni hallaban reposo en su mal: exhaustos yacían
los cuerpos, en tanto que la medicina, impotente,
musitaba con tácito temor. Revolvían los ojos
por noches enteras abiertos, ardientes e insomnes;
y muchas señales de muerte veíanse: sus almas,
turbadas por fúnebres temores y angustias, fruncido
el entrecejo, el rostro furioso y acre, de extraños
tañidos llenos los oídos inquietos, frecuente
su anhélito, o fuerte y espaciado al brotar de sus pechos;
bañado su cuello de un brillante sudor; los esputos,
tenues, desgarrados, teñidos de azafrán, y salobres,
y lanzados con pena, por la tos, de las roncas gargantas.

En sus manos, los nervios se contraen, y tiemblan sus miembros,
y poco a poco, de los pies, implacable ascendía
el frío mortal; hasta que en las horas postreras,
su nariz, comprimida, se afilaba; sus ojos hundíanse
y sus sienes; su piel, dura y fría; sus rígidos labios
se abrían en rictus de horror, y su túmida frente
alzábase tensa: a poco, por la muerte postrados, yacían;
y al brillar la antorcha del octavo sol o del nono,
entregaban el último soplo vital. Y si alguno

por ventura evitaba la fúnebre muerte, con todo,
el mal y la muerte le esperaban y dábanle alcance
con negros derrames del vientre y con úlceras negras;
o también, la sangre corrupta sin tregua fluía
de su nariz, causándoles intenso dolor de cabeza,
y así perdíanse todas las fuerzas del hombre
y su cuerpo todo. Mas a aquel que se había salvado
del fuerte derrame de sangre negra, la peste
le atacaba los nervios y del cuerpo las partes ocultas.
Y algunos, temiendo de la muerte los negros umbrales,
vivían, privados por el hierro del viril atributo;
y sin manos otros, o sin pies, quedaban, mas vivos;
y perdían no pocos las luces de los ojos: tan grande
era el miedo a la muerte que a todos dominaba y vencía!

Hubo también quienes, presa del olvido de todas
las cosas, llegaban a no conocerse a sí mismos.
Y aunque muchos cadáveres yacían por tierra insepultos
y amontonados unos sobre otros, las aves y fieras
o se apartaban lejos para huir su fétido soplo;
o, apenas los gustaban, sentían cercana la muerte.
Ni las aves mostrábanse impunemente de día,
ni las fieras osaban por la noche salir de sus selvas:
languidecían muchas por la peste, y morían: los fieles
canes, sobre todo, en las calles tendidos, lanzaban
sus tristes almas, que el contagio arrancaba a sus miembros.

Sin acompañamiento, los cadáveres eran llevados
a la tumba; no hallábase remedio general ni seguro:
pues lo que a unos diera poder respirar las vitales
auras y del cielo contemplar los templos sagrados,
a otros era nocivo y llevábalos al umbral de la muerte.

Y lo más terrible, lo más deplorable que había
entre horrores tantos, era que si alguno veíase
presa de la peste, se desesperaba y con triste
corazón yacía, como condenado a la muerte,
pensando ya sólo en la muerte, y exhalaba su alma.

Y lo que ante todo, multiplicaba las muertes
era el incesante contagio del ávido morbo
que de unos a otros pasaba: pues todos aquellos
que —temiendo la muerte, con amor excesivo a la vida—
evitaban la vista de sus enfermos, muy pronto
se arrepentían, viéndose morir de trágica muerte,
víctimas del descuido y abandonados de todos,
como ovejas lanígeras o como bueyes cansados.
En tanto que aquellos que se ofrecían, impelidos
por el deber piadoso y por las quejas dolientes
de los moribundos, presa del contagio morían.
Así, los mejores ciudadanos gustaban la muerte:
tras de haber sepultado de sus parientes y amigos
a la innumerable multitud, a sus casas volvían
cansados de lágrimas y de lutos: caían en cama
ya por la tristeza vencidos. Ninguno podía
hallarse en tal tiempo, a quien no probara la peste,
o la muerte misma, o el luto hicieran su presa.

Hasta a los pastores, guardianes del rebaño, llegaba
la peste, y al robusto conductor del arado: sus cuerpos
en el fondo yacían de sus chozas humildes, votados
por miseria y peste, al furor de la muerte insaciable.

Y verse podían con frecuencia los cuerpos exánimes
de los padres, encima de los de los hijos ya muertos;
o ver a los tiernos infantes expirar abrazados
a los yertos cadáveres de sus padres y madres. Gran parte
del contagio venía de los campos, traída a la urbe
por la multitud de los campesinos enfermos
que a la ciudad venían buscando remedio a sus males.
Llenaban todos los lugares y casas; reunidos
así, más veloz los agavillaba la muerte.

Por la sed ardiente postrados, muchos yacían
en los caminos; otros, después de arrastrarse febriles
hasta las fuentes públicas, allí quedaban tendidos,
sofocada el alma por la excesiva dulzura

del agua. Llenos estaban los caminos y plazas
de cuerpos semiánimes, hediondos, cubiertos de andrajos,
que por la horrenda pudrición letal perecían:
sobre los huesos sólo la piel quedábales, casi
por negras úlceras y por suciedad sepultada.

De los dioses los santos templos colmaba la muerte
con exánimes cuerpos, y los celestiales santuarios
hallábanse henchidos de cadáveres: los mismos custodios
de aquellos lugares, a sus huéspedes allí aposentaban.
Y ya de los Númenes y la religión de los dioses
poco se cuidaban: todo vencíalo del dolor la presencia.
Ni ya en la ciudad se observaba la antigua costumbre
de la sepultura, como antaño solía sepultarse.
Perturbado todo, trepidaba el pueblo: cada uno,
como podía, triste, a su compañero inhumaba.
La extrema pobreza y lo repentino del caso
inspiraron violencias hórridas e inauditas: pues hubo
quienes a sus muertos, con gran clamor, colocaran
sobre ajenas piras construídas por otros dolientes,
y prendiéranles fuego con antorchas, en riñas sangrientas
prefiriendo morir que abandonar a sus muertos.

México, D. F., Noviembre - Diciembre, 1944.

Versión de

GABRIEL MENDEZ PLANCARTE.